

Li Carrillo, Retorno y Desagravio

por Sebastián Salazar Bondy

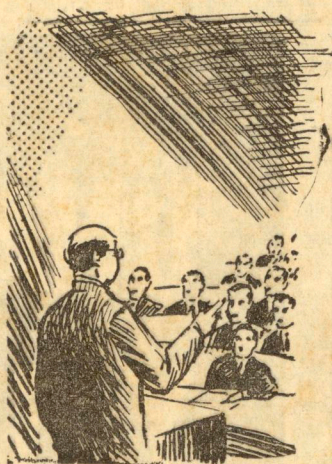
332

LP 23/05/1988

La vuelta al Perú del doctor Víctor Li Carrillo, una de las figuras más jóvenes y notables de la filosofía de nuestro continente, y su reincorporación a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en la cátedra de Filosofía Griega, es una excelente oportunidad para rendirle el homenaje de desagravio que merece. Tal vez el lector no recuerde que entre la balumba de arbitrariedades y desmanes que se sucedieron durante el régimen de Odría se produjo una de la que fue víctima el profesor Li Carrillo. El dictador, violando la Constitución y uno de los más elementales derechos humanos, suprimió el pasaporte a los peruanos hijos de orientales. A la sazón, el que había sido brillante alumno en San Marcos se hallaba en Friburgo, becado por la Fundación Humboldt, estudiando al lado de la más eminentemente personalidad de la filosofía alemana contemporánea, Heidegger, quien lo distinguía como uno de sus discípulos favoritos. Li Carrillo se quedó, por el simple capricho del mandón de turno, sin documentos y, lo que es más grave y humillante aún, sin nacionalidad. Sin queja alguna, nuestro compatriota soportó el vejamen, entero y digno.

De nada valieron las gestiones que personas y entidades hicieron ante Odría para que autorizara la renovación del pasaporte a Li, ni varió en un ápice su abusiva decisión la campaña que contra la absurda medida emprendieron los periodistas. La estada en Europa de Li Carrillo resultó para él extraordinaria. En el círculo de Heidegger, Li Carrillo fue de aquellos pocos a los cuales el maestro distinguió sin reservas, confiándole tareas especiales y honorosísimas. Francisco Miró Quesada ha hecho ayer el resumen de la carrera

de Li Carrillo en el Perú y en Europa, y eso releva al cronista de repetir aquí el "currículum" del destacado intelectual peruano. Conviene, en cambio, señalar la significación que tiene para la inteligencia nacional y para la docencia universitaria el retorno de quien, por su formación y su talento, ha de convertirse en uno de los guías de la juventud que aspi-



ra a seguir la difícil y esencial vía del análisis y la meditación filosóficas. Ante todo, él y otros profesores de las generaciones recientes están empeñados en elevar el nivel de la universidad peruana, sobrepasando los terribles defectos que la deforman y haciéndola, tal como sus principios lo disponen, una casa de saber.

La universidad peruana tiene una parte sana y es a partir de ella que se reclama su reforma. Si no hubiera este núcleo serio y concienzudo no se explicaría que, pese al caos a que la conducen los agitadores, surgieran de sus aulas personalidades limpias y libres, gentes que tanto en el Perú como fuera de él son consideradas como autoridades en sus respec-

tivos ramos. A ese orden pertenece el Instituto de Filosofía de la Facultad de Letras, cuyo trabajo académico, si bien no es conocido por la totalidad de la opinión pública, es tenido en medios universitarios del país y del exterior, como verdaderamente ejemplar. Li Carrillo proviene de ahí y ahí ha vuelto. No es caprichoso pensar que tal como él recibió la orientación de sus maestros, que encauzaron su vocación oportunamente, él a su vez se convierta en promotor de las inclinaciones de sus alumnos. Se trata, en realidad, de una naciente pero sólida tradición. Lo que se dice del Instituto de Filosofía se puede felizmente repetir de algunos otros centros sanmarquinos.

Esto no quiere decir que no haya necesidad de una reforma en el viejo claustro limeño. Ella tendrá que ser, sin duda, nivelar con los institutos bien organizados los demás organismos universitarios, haciendo que las excepciones se conviertan en reglas, que el milagro sea normal. Lo cual, a la postre, será también reformar nuestros hábitos nacionales, modificar nuestro pensamiento y nuestra ética, pues si ha habido gobernantes que en pleno siglo XX han dictado disposiciones discriminativas en lo que al origen y la raza se refiere, quiere decir que la reforma que se pide para la universidad tiene que abarcar no sólo esa primera entidad docente, sino también todos los establecimientos donde se imparte instrucción profesional, donde se preparan los dirigentes del país. Li Carrillo fue objeto de un tratamiento cruel e inhumano. Al recibirlo en el seno de la patria con los brazos abiertos, lo que se hace es acoger jubilosamente la inteligencia, de cuyo respeto depende no sólo la cultura, sino aun el bienestar moral y material de todos.